

Miradas que cambian al mundo*

Looks that Change the World

*Patrizia Politelli***

* Traducción del italiano de Antonella Attili Cardamone y Luis Salazar Carrión.

** Ha sido profesora de Filosofía en Liceos y de Ciencias de la Educación y de la Formación en la Facultad de Filosofía de la Universidad de la Sapienza, Roma. Correo electrónico: patriziapolitelli@gmail.com

Resumen

El objetivo del artículo es examinar algunos aspectos de la práctica de la democracia en el mundo contemporáneo, a través de ejemplos significativos: unos cuantos, pero muy útiles para poner en evidencia la contradicción evidente entre los principios declarados y la práctica difundida en la política, en la sociedad, en las conciencias individuales y colectivas. Entre la ética de los fundamentos y de los comportamientos. El punto fundamental de la democracia, además de los otros principios, es el de la *igualdad*, y sin embargo asistimos a un sistema que se enreda sobre sí mismo, produciendo siempre más lo opuesto de aquello que declara: el aumento ya casi sin límites de las desigualdades. Desigualdades de riqueza, de posibilidades, de vida, entre las personas, los géneros, las áreas geográficas, las religiones, etcétera. Y sin embargo, un mundo nuevo y distinto ya existe: se está formando y practicando en las vidas, en las acciones y en las palabras de los jóvenes, mujeres, migrantes... Tratemos de verlo y de estar en él.

Palabras clave: Identidad (externa, interna), reconocimiento, respeto, inversión, molestia.

Abstract

This article aims to examine some aspects of the practice of democracy in contemporary world, through the analysis of some significant examples: a few, but very useful to highlight the evident contradiction between the declared principles and the widespread practice in politics, society, and in both individual and collective consciences. Between the ethics of the fundamentals and of the behaviors. The fundamental point of democracy, in addition to its other principles, is equality, and yet here we are, witnessing a system that is entangled in itself, always producing more of the opposite of what it declares: the already almost limitless increase of inequalities. Inequalities of wealth, of possibilities, of life, between people, genders, geographical areas, religions, and so on. And yet a new and different world already exists: it is being formed and practiced in the lives, actions and words of young people, women, migrants... Let us try to see it, and be in it.

Key words: Identity (external, internal), recognition, respect, investment, annoyance.

Introducción

En la presente situación de pandemia, tan devastadora para las relaciones sociales, para los afectos, para el trabajo y los ingresos, para la economía (no toda), tuve ganas de regresar a mis orígenes, es decir, de reencontrar algunos temas y autoras/es con los que me había formado y, así, comencé a urgar entre mis libros: encontré algunos sobre los que había trabajado mucho y encontré otros que estaban ahí porque despertaban mi curiosidad, más que todavía no había leído. Entre ellos, un pequeño ensayo de Ágnes Heller (reeditado justo en el 2020) que tiene como título *La memoria autobiográfica* (Heller, 2017).

Simplificando y resumiendo: la memoria autobiográfica es el modo en el que nosotros nos presentamos (mejor dicho, nos narramos) al mundo y es el resultado de una interacción entre una *identidad interna* y una *identidad externa* u objetiva.

La primera está constituida por la *memoria autobiográfica personal*, o sea, por el relato que construimos a partir de los fragmentos de memoria que tenemos de nosotros y que pueden variar en el tiempo y al modificarse las situaciones; la segunda “es una narración compuesta a partir de huellas visibles como acciones, comportamientos, creaciones” (Heller, 2017: 17), basada en los encuentros pasados de una persona.

Ninguna de las dos identidades es neutral, porque la primera se funda en una interpretación y reinterpretación continua de nuestros fragmentos de memoria (con base en exigencias del presente, situaciones, emociones); la segunda parte “de las narraciones que los otros hacen sobre la base de sus recuerdos, de sus juicios” (2017: 16). Esto es, se basan en la mirada de los otros que registra cómo nos tratan y aquello que esperan de nosotros. Esta mirada nosotros la percibimos y la introyectamos: nos acompaña, orienta y condiciona.

En este punto, Heller recuerda a Simone de Beauvoir, según la cual “las mujeres aceptan la opinión y el juicio contenidos en la mirada masculina como algo intrínsecamente justo, viéndose por esto a sí mismas a través de los ojos de los hombres e interiorizando sus expectativas: tratando de gustarles y de adherir a la imagen que el varón tiene de ellas” (2017: 19). Después de este análisis, Beauvoir “sugiere (no sólo

a las mujeres) invertir la mirada: construir la imagen, la personalidad externa de los hombres a través de la mirada femenina” (2017: 19). De este modo se volverán capaces de una auto-representación independiente de la mirada masculina y del rol que les asigna la tradición relativa a las mujeres.

Y no solo a las mujeres, subraya Heller. Esta sugerencia de la inversión de la mirada no sólo resulta todavía muy valiosa, sino que puede aplicarse a cualquier tipo de discriminación. En efecto, el imaginario social, en tanto fundamento de las miradas de los otros, puede contribuir a construir *identidades externas muy rígidas*: éstas “se deben normalmente a prejuicios que, a su vez, son en gran parte contruidos contra un ‘nosotros’, es decir, contra la identidad étnica, religiosa, nacional, sexual, de género del objeto de la creación de la identidad externa” (2017: 17).

¿De qué manera repercute todo esto en nuestra vida cotidiana, en nuestra dimensión social y política?, ¿cómo define y condiciona nuestra convivencia?, ¿de qué modo confirma o distorsiona la realización de aquel sistema que nos obstinamos todavía, con orgullo, a llamar *democrático*?

Esto requiere de dos condiciones: *el reconocimiento recíproco y el respeto recíproco*. Éstos (añade Heller citando la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América*) no son lo mismo. “Reconozco a los otros su derecho a la libertad, a la vida y a la búsqueda de la felicidad, los reconozco como personas dotadas desde el nacimiento de razón y conciencia, precisamente como yo. Mas puedo pretender respeto para mi con la condición de no sólo garantizar a los otros el reconocimiento, sino también de respetar sus acciones, sus decisiones, sus juicios” (Heller, 2017: 9).

Libertad, igualdad, vida, reconocimiento y respeto recíproco: ¿cuál es, en la práctica, el ejercicio de todo esto? Se pueden dar muchos ejemplos, pero hay algunos que atañen a hechos acontecidos en mi país, Italia, precisamente hace dos años y que me han impresionado particularmente por la evidente falta (o desprecio) de estos criterios fundamentales.

Mayo 2020: liberación de Silvia Romano

Silvia Romano es una italiana que fue raptada en Kenia en noviembre del 2018 mientras estaba comprometida en proyectos de cooperación internacional como voluntaria de la ONG *África Milele*, que se encarga de niños abandonados. Había sido secuestrada por un grupo de terroristas somalí, afiliado a Al Qaeda. Durante muchos meses se habían perdido sus huellas y la esperanza de volverla a ver, pero después de un año y medio de cautiverio, transcurrido cambiando en tres ocasiones el escondite, fue liberada y pudo volver a su país.

El presidente de la República, Sergio Mattarella, expresó así un sentimiento difundido: “gran alegría para todos los italianos”. Y, sin embargo, no; no para todos, porque a un diputado (al que no nombro) se le ocurrió llamar neo-terrorista a esta joven mujer recién liberada. Repito: después de 18 meses de cautiverio, de transacciones entre bandas, de cambios de lugares, de enfermedades.

La causa fue que descendió del avión con un *jilbab* (vestimenta tradicional somalí), la cabeza cubierta y guantes en las manos. Además, había declarado haberse convertido al Islam, sin que nadie la hubiese obligado. El ataque del parlamentario a una persona en ese momento sin defensas suscitó en mí (y por fortuna en muchos otros) una profunda turbación que me impulsó a compartir con otras mujeres una reflexión y una propuesta para evitar que aquello que había sucedido quedase sin consecuencias.

En aquel entonces lo expresé en los siguientes términos: no se trata de un desahogo desconsiderado de uno de los muchos leones del teclado (actos que sí se dan, son muy graves y deben ser perseguidos); sino de un acto institucional porque tuvo lugar en la Cámara de Diputados con plena difusión mediática.

Un acto público de inaudita violencia que debe ser valorado en toda su indecible gravedad. No es solamente “impropio” o “inaceptable”: es criminal (perseguido por ley), cobarde (dicho desde un púlpito por parte de quien se siente con impunidad y no en presencia de la persona a la que estaba dirigido), calumnioso.

Además, fue seguido por el ritual de las excusas sucesivas que no pueden ser aceptadas simplemente porque reducirían a hecho marginal aquello que aconteció en una sede institucional y que atañe en modo fundamental a todos los ciudadanos. Hace falta dejar de aceptar que las excusas cancelen los hechos Y los sustituyan. Las excusas son cosas serias y, también éstas no se pueden banalizar para salir elegantemente de una situación escabrosa que ha sido creada.

No se pueden tratar a los representantes electos como niños, incapaces de entender y de querer, que han hecho una travesura: hace falta llamarles la atención de manera clara a su responsabilidad. Deben responder por ella.

Por eso pedimos a nuestras diputadas “abrir una discusión seria y urgente en la Cámara sobre lo acontecido y, a la vez, promover una campaña de alfabetización de los afectos y de las relaciones, de los derechos y del respeto de las personas, en particular cuando son mujeres, considerando también la rapidez con la cual se difunde este virus de desprecio rabioso, de percepción de impunidad omnipotente, del derecho a la persecución”.

Invierno-otoño 2020: constitución de los Comités para la gestión de la pandemia y para la gestión del *Next generation E.U.*

El cinco de febrero del 2020 se instituyó en la Protección Civil un Comité Técnico Científico (CTS) dotado de competencia de consulta y soporte a las actividades de coordinación para la superación de la emergencia epidemiológica debida a la difusión del Coronavirus. Ahora bien, los integrantes son 13 grandes funcionarios más 7 expertos en salud. Todos ellos varones.

Después de protestas que provinieron de diversas partes, el 15 de mayo, con un nuevo mandato, el comité integró algunas mujeres: 6 en total.

Lo mismo aconteció algunos meses después cuando fueron instituidos varios comités, entre ellos una *task force* con la tarea de redactar

el plan para la recuperación del país de la emergencia del coronavirus; eran 17 personas: 13 varones y 4 mujeres (*Il Corriere della sera*, 12 de abril de 2020), a quienes se añadieron 5 mujeres dado el desbalance de género.

Progresivamente se multiplicaron grupos de consulta, ligados a proyectos europeos en los que parece que las mujeres no tienen nada que decir o proponer. En efecto, o no las hay o están en un porcentaje risible.

Un problema análogo se plantea en la gestión del dinero que debe provenir de los fondos europeos. En efecto, para protestar fue enviada una carta por un grupo de asociaciones de mujeres y organizaciones sindicales que reúnen a millares de miembros, en la que se dice: “Con sumo desconcierto, descubrimos que para las políticas de paridad se prevén solamente 4.2 miles de millones, contemplados en la voz ‘políticas sociales’” (*Il Corriere della sera*, 8 de diciembre de 2020).

En suma, la cuestión de la igualdad de género en nuestro país no sólo no viene nombrada (y escondida detrás de un genérico “políticas sociales”), si no que también la inversión, si es confirmada, resulta irrisoria: el 2 por ciento de los fondos europeos.

29 de diciembre del 2020: homicidio de Agitu Ideo Gudeta

Aprendemos en los periódicos y en la televisión que una joven mujer ha sido asesinada en el Valle de los Mòcheni (una zona montañosa en la provincia de Trento) por un empleado de su empresa agrícola.

El homicidio es horrible y la historia de esta mujer es especial. El responsable del homicidio, reo confeso, es Adams Suleimani, de 32 años, originario de Ghana, colaborador de su empresa agrícola que a los investigadores habló de un sueldo no pagado: la habría matado golpeándola con un martillo en la cabeza, para después abusar sexualmente de ella mientras estaba agonizando en el piso (*Huffingtonpost.it*, 30 de diciembre de 2020).

En este momento no se sabe nada del móvil real y del verdadero o verdaderos autores, u organizadores del homicidio. Lo que sabemos es su ferocidad: una mujer golpeada a martillazos y violada mientras moría. Un objeto, una cosa, una propiedad conquistada, tirada en el piso y usada como instrumento de placer mientras padece dolores atroces. Al fin sometida, inmovilizada, esclavizada, imposibilitada de ser persona, de elegir, actuar, criticar, compartir.

Sí, porque es precisamente la libertad, el valor y la capacidad de elegir que debe haber sido sentida por el asesino como insoportable. Su ser persona consciente, sabia, compleja, creativa y generosa.

Había nacido en Etiopía y llegó a Trento después de huir por haber sido amenazada en su país: “Cuando el ejército fue por ella no la encontró, había escapado aquella misma noche. Logró llegar a Italia en avión y no en una balsa porque había estudiado en Trento y todavía tenía una visa de estudio” (*Huffingtonpost.it*, 30 de diciembre de 2020).

Con Trento tenía una relación estrecha, porque ahí había frecuentado la universidad, pero luego quiso regresar a su país para luchar en contra del *land grabbing*, el acaparamiento de los terrenos en favor de las multinacionales. Había sido activista de lado de los campesinos y de los ganaderos etíopes y luego, después de las amenazas recibidas, decidió regresar a Italia donde se había establecido desde hacia 10 años, a Frassilongo, un minúsculo municipio en la provincia de Trento.

Aquí, en terrenos recuperados del abandono, fundó una pequeña empresa con el nombre indicativo: *La cabra feliz*. El fin era el de salvar de la amenaza de extinción a las cabras de raza *mòchena gamuza* que vive en los Alpes. No sólo había logrado que aumentara el número de cabras de 15 a 180, si no que se había vuelto productora de derivados (quesos, yogurt, etcétera) de alta calidad biológica, proveedora de mercados en las provincias cercanas y también más allá.

También aquí en la vida no había sido fácil: Descrita como modelo de integración, Agitu se había enfrentado a episodios de racismo y discriminación. Alrededor de dos años atrás, recibió amenazas y fue víctima de una agresión racista por parte de un vecino: “Sucia negra, tienes que irte”, según lo reportado por la prensa local. El hombre había sido condenado a nueve meses

por lesiones, pero absuelto de la acusación *stalking* agravado por odio racial (*Huffingtonpost.it*, 30 de diciembre de 2020).

Una mujer culta, comprometida con las luchas para el trabajo y la valoración sustentable de las tierras, el respeto de la naturaleza. Una mujer exitosa porque logró realizar una empresa floreciente, cuya marca se volvió importante y reconocible. Una mujer en fuga, negra, que vino de otro país: un *totem* perfecto contra el que lanzar todos los prejuicios de los que habla Heller.

Y, en efecto, ya no está.

Sin embargo, el mundo se transforma, modifica las relaciones sociales, reordena las prioridades, los valores y las reglas. Esto con frecuencia sucede en virtud del *input* de individuos o grupos que ponen y/o imponen la necesidad de la atención hacia algo o hacia alguien: piden *respeto*.

“El respeto de sí presupone en efecto la reivindicación, por parte de un individuo o de un grupo de individuos, del respeto por parte de otros” (Heller, 2017: 7).

Precisamente el año recién transcurrido nos ofrece algunos magníficos ejemplos de reivindicación del respeto, para sí mismos, para los derechos universales, para un medio-ambiente respetado y vivible.

Dos hechos en particular me abrieron el corazón.

19 de junio 2020: Malala se tituló en Oxford en Filosofía

Malala es la joven pakistaní que, después de haber sido amenazada por los talibanes, el 9 de octubre de 2012 fue herida en el cuello y en la cabeza por un disparo mientras se encontraba junto con otras estudiantes en un autobús que las regresaba a casa. A pesar de la gravedad de las heridas, logró salvarse gracias al socorro inmediato y a su traslado a Inglaterra, donde fue operada del cerebro.

Malala Yousafzai se había vuelto conocida a los 11 años cuando inició un blog en el que documentaba el régimen de los talibanes en la zona del *Swat*, al norte de Pakistán, que éstos ocupaban. El activismo de

Malala se dirigía en particular a apoyar los derechos civiles, sobre todo el derecho de las mujeres al estudio: derecho que había sido prohibido por un edicto talibán del 2009 que imponía la clausura de las escuelas femeniles.

El 12 de junio del 2013, día de su decimosexto cumpleaños, Malala reaparece en público envuelta en el chal que había sido de Benazir Butto y con simplicidad, firmeza y dulzura, comienza su discurso en la ONU. Un discurso que puede pronunciar sólo quien ha atravesado el cono de sombra entre la vida y la muerte y ha vuelto, pues la nota dominante aquí es la ausencia del miedo. Aquel miedo que había testimoniado y denunciado en su blog de niña, ahora desapareció: “Nada cambió en mi vida, excepto esto: la debilidad, el miedo y la desesperación murieron. Nacieron fuerza, potencia, valor. Yo soy la misma Malala. Mis ambiciones son las mismas. Mis esperanzas son las mismas. Y mis sueños son los mismos” (*Worldnews.it*, 11 de junio de 2020).

En ese momento, quise expresar así el sentido profundo de este discurso y la emoción que provocó en mí la consciencia y el respeto de sí misma en una chica tan joven: “Es más, el miedo ahora se ha invertido: son los talibanes quienes lo tienen. Temen a las mujeres, tienen miedo de los libros, tienen miedo de las plumas. Y tienen razón de estar asustados por el poder de la educación: la instrucción libera del oscurantismo y de la sujeción porque trae paz y esta necesita para crecer” (Politelli, 2013: 3).

Un año y medio después, el 10 de octubre de 2014, Malala recibió el Premio Nobel de la Paz con la siguiente motivación: por la lucha en contra de la vejación de los niños y de los jóvenes y por el derecho de todos los niños a la instrucción.

Pero yo creo que el premio más importante para ella y para el mundo (en este momento por lo menos) es su título en Filosofía, obtenido en la Universidad de Oxford el 20 de junio de 2020, a la edad de 22 años. Es este el hecho que vuelve concreta aquella lucha que invierte las relaciones entre visiones del mundo y expresiones de fuerza, que da cuerpo e irreversibilidad a aquel derecho, que lo vuelve evidente, necesario y alcanzable.

11 de noviembre del 2020: Carola Rackete ocupa el bosque

En noviembre Carola Rackete estaba protestando, junto con otros activistas, en contra de la prevista ampliación del trazado de la Autopista 49, destinada a devastar el cercano bosque de Dannenröd (Alemania).

La forma de lucha que habían elegido era la de ocupar algunas cimas de árboles en las zonas que habían sido seleccionadas para ser taladas con el fin de hacer pasar la carretera.

Esta acción de *desobediencia civil* había logrado, hasta entonces, impedir la destrucción de 27 hectáreas del bosque secular.

Carola (una de los activistas) fue bajada del árbol en el que se encontraba, se la llevaron y arrestaron. Estaba vestida simbólicamente con un disfraz de pingüino; no opuso resistencia y declaró: “¡Aquí la sociedad civil dice basta! En Alemania hay centenares de proyectos de construcción de calles. Es absurdo vista la crisis climática... No podemos quedarnos en casa esperando que alguien más haga el trabajo incómodo por nosotros” (*La Repubblica*, 12 de noviembre de 2020).

Rackete se había vuelto famosa mundialmente cuando, como capitana de la *Sea Watch 3* (una nave perteneciente a una ONG que llevaba ayuda a los migrantes en peligro en el Mar Mediterráneo) salvó la vida a 53 refugiados. A pesar de que se le negó el permiso de desembarcarlos, después de semanas en el mar decidió entrar de todas maneras en el puerto de Lampedusa la noche del 29 de junio de 2019 y desembarcar.

Por esto fue arrestada.

El Tribunal de Casación después anuló la orden de aprensión con la siguiente motivación: Carola Rackete actuó correctamente “siguiendo las disposiciones de salvataje en el mar, porque la obligación de prestar ayuda no se agota en el acto de sustraer a los náufragos al peligro de perderse en el mar, sino que conlleva la obligación accesoria y consiguiente de *desembarcarlos en un lugar seguro*” (*La Repubblica*, 20 de febrero de 2020).

Rackete, quien estudió ciencias náuticas en Alemania y ciencias ambientales en Inglaterra, escribió también un libro derivado de su experiencia en barcos de investigación, en barcos y aviones de salvamento civil, sobre las batallas en defensa de los ecosistemas. Un libro que amé

mucho, no tanto por cómo estaba escrito sino por lo que decía, por los horizontes que indicaba: *El mundo que queremos* (Rackete, 2019). Este es el título y está dedicado *a todas las víctimas de la desobediencia civil*, lo que dice mucho acerca de la posición de la autora y también sobre el tema de la responsabilidad civil.

El discurso del libro parte del ambiente para abarcar las relaciones sociales, entre géneros, entre personas, las relaciones de trabajo, etcétera: es un punto de vista que pone en relación los ganglios de la vida colectiva en el mundo.

Un discurso complejo, pero claro: estamos llegando al colapso, los ecosistemas son destruidos y con ellos los derechos humanos; debemos actuar y debemos actuar nosotros, la sociedad civil, porque la política no ofrece solución alguna. Y debemos actuar ahora, ya “no podemos esperar más porque la ventana temporal que nos permite hacer algo contra la crisis ecológica se está cerrando. Estamos con la espalda en la pared” (Rackete, 2019: 131).

La *green economy*, que piensa en un crecimiento sustentable gracias a las invenciones tecnológicas, tampoco funciona porque: “También los productos sustentables consumen recursos y no responden a la siguiente cuestión: ¿se pueden encontrar satisfacciones y significados más allá del consumismo?” (2019: 111).

Es entonces la mirada lo que hay que cambiar y el tipo de acciones: “Juntos y democráticamente podemos dar forma a una sociedad en la cual los máximos valores no sean el dinero, el crecimiento y el consumo constante. En la cual depositemos nuestras esperanzas en la solidaridad, la justicia y la comunidad. Una sociedad en la que bienestar signifique simplemente que todos están bien” (Rackete, 2019: 132).

¿Qué debemos hacer entonces?

“Debemos revitalizar, renaturalizar, hacer todo lo posible para reinstalar especies autóctonas y devolver a los bosques, pantanos y prados a una condición lo más posible similar al de su estado original” (Rackete, 2019: 136).

Y además: cambiar la producción alimentaria y nuestra alimentación, aceptar que todo esto traiga un cambio, para nosotros y para nuestros modos de vida.

¿Y cómo actuar? Con movimientos de protesta no violentos e incluyentes, capaces de indicar objetivos inconfundibles y capaces de elaborar una estrategia clara, de planificar el “después” para no dispersarse.

Que tengan entusiasmo, sentido del humor y presencia. Son los cuerpos que vuelven verdadera, real y creíble, a la acción. “Nada es más eficaz de las personas que van en la calle y que arriesgan algo por su libertad y sus derechos” (2019: 143).

Y el modo es el de la molestia: molestar a los gobiernos, a los colosos de la energía, a las industrias, “porque producen sus ganancias explotando a los trabajadores que operan en condiciones inhumanas a cambio de salarios miserables” (2019: 144).

Una molestia gentil y eficaz.

La protesta debe ser continua, capaz de atraer la atención y de comunicar, crecer y comprometer el mayor número de personas.

En suma, para imaginar el futuro se necesita comenzar a vivirlo hoy. Juntos: de modo creativo e innovador.

A modo de conclusión

La pandemia obligó al mundo a detenerse; nos obliga a quienes lo habitamos a mirarlo, analizarlo y repensarlo.

Precisamente el *Next Generation E.U.*, los varios planos de Recuperación para varios puntos en el globo y el debate que se ha articulado en torno a éstos plantean una cuestión: definir los contornos del mundo que queremos e intentar hacerlo.

Esta exigencia atraviesa desde hace mucho tiempo a varias generaciones y atestiguó recientemente un fuerte protagonismo de los jóvenes, de las mujeres, de los migrantes: de olvidados/as, explotados/as, minusválidos/as en el mundo. Y no sólo en términos de manifestaciones, sino también de elaboraciones y propuestas.

Es importante partir de éstas: estudiarlas, analizarlas, ampliarlas para construir un discurso público y un “hacer” de la política y de la economía que no sea nuevamente dejado a la hegemonía de los varones, capitalistas, depredadores de todo tipo.

La salud que se ha puesto como tema central en estos últimos meses, arrastra consigo el tema de los derechos humanos, de la defensa del ambiente, del futuro del planeta, de la justicia social, de cómo y qué cosa producir, de cómo relacionarnos.

Las aquí nombradas son ejemplos de las muchas mujeres presentes en todas las zonas de la tierra que tienen una mirada sobre el mundo e indican vías transitables y necesarias.

Asumen la responsabilidad de actuar, pero también la de difundir puntos de vista, un proyecto: dan conferencias, escriben libros, dicen palabras importantes, se exponen...

Y deben ser escuchadas.

Y seguidas. Por lo menos en un punto: actuar, en vez de limitarnos a esperar. “Actuemos, en vez de esperar” (Rackete, 2019:148), es la invitación que Rackete dirige a todas/os en la clausura de su libro.

Bibliografía

Heller, A. (2017). *La memoria autobiografica*. Roma: Lit Edizioni.

Huffingtonpost.it (2020), 30 de diciembre.

Il Corriere della sera (2020). 8 de diciembre.

Il Corriere della sera (2020), 12 de abril.

La Repubblica (2020), 12 de noviembre 12.

La Repubblica (2020), 20 de febrero 20.

Politelli, P. (2013). Il potere dell'educazione, *UBUNTU*, núms. 20-21.

Rackete, C. (2019). *Il mondo che vogliamo*, Milán: Garzanti.

Worldnews.it (2020), 11 de junio 11.

Recibido: 12 de mayo de 2021

Aceptado: 26 de noviembre de 2021